La belleza del silencio

Unos decían que un día, él se mareó y ella fue la única del autobús que le cedió el asiento y se preocupó por él; otros, que ella había sido su niñera cuando él era pequeño; y alguien llegó a pensar alguna vez que eran pareja. En realidad, nadie conocía a ciencia cierta cuál era su relación, pero no importaba, a todos los pasajeros del autobús les encantaba verles.

Cada día, muy de mañana, ella se montaba en San Bernardo. Cuando enviudó, decidió no encerrarse en sí misma y en un traje negro, sino todo lo contrario; con sus vaqueros, su chupa de cuero y su pelo teñido de rojo, entraba decidida en el autobús, camino de sus clases de interpretación. A las pocas paradas, entraba él. Parecía tímido y reservado, y de hecho lo era, pero no con ella. Se acercaba a su asiento con una sonrisa en la cara y una flor en la mano, la saludaba y con cuidado, retiraba su flequillo para colocarle la flor sobre la oreja, haciéndole rejuvenecer aún más. Ella respondía acercando su mano a su barbilla, y después alejándola de ella.

Pasó bastante tiempo hasta que él se enteró de que aquel gesto significaba “gracias” en lengua de signos, pero supo mucho antes que ella no podía hablar. Sin embargo, nunca les hizo falta decirse nada. Él de pie y ella sentada, compartían viajes placenteros a través de gestos. Ella le enseñaba fotos de sus nietos, le mostraba vídeos de sus actuaciones y le invitaba a leer algunos de los poemas del libro que siempre llevaba encima, una antología de Rubén Darío, su poeta favorito. Él se limitaba a mirarla, a escuchar lo que decía con la cara y con las manos, y a disfrutar de su compañía. Poco a poco, sin hacer ruido, su amistad fue creciendo hasta hacerse muy profunda.

Una fría mañana de invierno, la gripe que arrastraba desde hacía varios días pudo con él, así que avisó de que no iría a trabajar y siguió durmiendo. Cuando se despertó y encendió la televisión, la fiebre que tenía no impidió que su corazón se congelara. Aquella mañana, quince bombas habían explotado en distintos autobuses de Sevilla.

La mañana en que se restablecieron las líneas, dos semanas después, él entró en su autobús agarrando con esperanza una rosa, pero el asiento de ella estaba vacío. Hundido de dolor, se acercó hasta donde ella se sentaba, y apartó un mechón invisible para dejar la flor en su sitio de siempre, pero su oreja ya no estaba ahí. La rosa cayó sobre el asiento y le miró, silenciosa y hermosa, al igual que ella.

Dicen que después de tantos años, él sigue con su tradición. Dicen que todos los días, él coloca en silencio una flor en aquel asiento. Por eso, desde entonces, todo el mundo revisa su asiento antes de sentarse en un autobús; nadie quiere aplastar el último recuerdo mudo de una muda y bella amistad.

Etse Allivés